

E. Aibar, *El culto a la innovación. Estragos de una visión sesgada de la tecnología*. Ned Ediciones, Barcelona 2023, 224 pp.

Agustí Nieto-Galan
UAB 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.101487>

Este es un libro serio, académicamente riguroso y plenamente conectado con los problemas de nuestro presente. Es un ejemplo excelente que nos ayuda a convencernos de la utilidad de pensar la tecnología para poder diagnosticar, con una mirada nueva, nuestra sociedad, nuestra civilización en crisis. Su autor, el profesor Eduard Aibar, uno de los especialistas con mayúsculas sobre el hecho tecnológico, vierte en esta obra toda su madurez intelectual y capacidad sintética, resultado de un largo itinerario dedicado a desarrollar un discurso crítico y original sobre las relaciones entre la ciencia, la tecnología y la sociedad.

Aibar nos proporciona un conjunto excelente de herramientas para desenmascarar los significados ocultos del concepto “innovación”, para criticar su culto exagerado, nunca ingenuo ni neutral, para hablar sin ambages de su tiranía, de su hegemonía casi insultante en la esfera pública de nuestro presente. El libro nos introduce en el problema del determinismo tecnológico, esa vieja idea sesgada que presenta los objetos técnicos como entes autónomos, casi inmaculados, que aparecen en la sociedad para transformarla de manera unidireccional e irreversible. Ese determinismo sustenta la propia ideología de la innovación y refuerza un modelo lineal: desde la investigación básica a la ciencia aplicada, el desarrollo, la difusión y la comercialización, una senda rígida, incontestable y extremadamente útil para la legitimación del propio capitalismo global. Esa teología tecnofílica legitima el cambio tecnológico constante, glorifica la innovación y sus propagandistas, pero invisibiliza una cultura tecnológica, quizás poco glamurosa, antigua, pero mayoritaria, que nos recuerda *the shock of the old* (el impacto de lo viejo), tal como lo definía hace unos años el historiador de la tecnología británico, David Edgerton.

Ni los paradigmas de Thomas Kuhn acabaron de ser nunca del todo inconmensurables tras cada revolución científica, ni las nuevas tecnologías parecen sustituir de manera completa a las antiguas. A pesar de las retóricas del progreso, la innovación siempre convive con la tradición, con las tecnologías eclipsadas; siempre requiere de los usuarios, está inevitablemente ligada al mantenimiento y a la

reparación. Quizás por analogía al modelo darwiniano de la evolución, el cambio tecnológico se parece más a un árbol con ramas centrifugas, a veces aborrotadas, con vericuetos inesperados, resistencias y bifurcaciones, que a la linealidad acrítica del discurso hegemónico del presente.

El libro de Aibar es además especialmente valioso por su capacidad de reunir de nuevo tecnología y economía (una vieja y saludable tradición académica que merece ser revitalizada). De la misma manera en que la economía o la historia económica nunca son neutras (a pesar de la aparente objetividad de los discursos expertos, por ejemplo, durante la crisis financiera de 2008), la tecnología y la historia de la tecnología tampoco lo son. Al contrario, los ejemplos que el autor nos presenta nos muestran la profunda naturaleza ideológica del concepto innovación, en muchos casos ligado de manera determinista al crecimiento económico, al supuesto progreso social o incluso al llamado “tecnonacionalismo”. Así, se desenmascaran lemas propagandísticos como el “emprender e innovar”, se revisa el papel, a menudo incuestionado, de los supuestos gurús, intelectuales orgánicos de la doctrina neoliberal, que predicán un nuevo régimen de saber lleno de científicos emprendedores, hipercompetitividad y métricas cuantitativas de dudosa eficacia.

Una reflexión aparte, sobre todo en los tiempos actuales, merece el análisis que el autor plantea sobre la relación entre educación e innovación. Ordenadores portátiles, digitalización imparable de las aulas, gurús de la pedagogía por proyectos, la creciente influencia de la “universidad empresa”, la formación enfocada de manera unívoca a la satisfacción de las necesidades del mercado, todo ello paradójicamente enfrentado a los devastadores resultados de los informes PISA, al fracaso escolar creciente, a la imposible movilidad social o a la crisis cada vez más aguda del papel del maestro, del profesor en el aula. En este contexto realmente preocupante, parece encajar como anillo al dedo el título del famoso libro del pensador francés Bruno Latour, recientemente desaparecido, *Nunca fuimos modernos* (1991). De la misma manera que la supuesta modernidad nunca separó de facto la naturaleza y la

sociedad, la retórica del cambio, de la substitución constante, ese culto a la innovación no ha arraigado en la cotidianeidad de millones de personas, ni parece reportar los supuestos beneficios prometidos de antemano ante las crecientes desigualdades.

El libro termina con un capítulo, que merecería una mayor extensión y concreción, sobre las posibles alternativas a esa cultura hegemónica de la innovación en la que parecemos estar atrapados a pesar de sus perversiones e incomodidades. En momentos de grave crisis ambiental, sanitaria, política como la nuestra, debemos volver la mirada hacia tecnologías más mundanas, modelos híbridos, infraestructuras básicas para nuestra vida cotidiana; debemos seguir a los usuarios de objetos técnicos a través de la sociedad, con sus decisiones más o menos explícitas, que condicionan sin duda el propio devenir de las máquinas; debemos pensar de nuevo en verbos olvidados como *mantener*, *reparar*,

cuidar, en habilidades tecnológicas casi extinguidas y de difícil comercialización. Debemos volver a pensar en la utilidad de lo inútil, un debate de largo recorrido en el mundo de las humanidades, pero extrapolable a los estudios sociales y culturales de la tecnología.

El libro de Eduard Aibar es una muestra más de la imperiosa necesidad actual de inundar las escuelas y las opiniones públicas con críticas robustas y bien argumentadas a ese culto a la innovación, aparentemente ingenuo, pero que se ha convertido en una pieza ideológica clave para sustentar el crecimiento indefinido de nuestro capitalismo global, factor determinante de las múltiples crisis de nuestro presente. Nos remite de nuevo a la importancia capital de “pensar la tecnología” con mayúsculas, si no queremos sucumbir a la progresiva degradación política, económica, ambiental y social de nuestro planeta bajo la retórica cínica de una modernidad perversa.